

cristiano, quiso llevar la verdadera cruz sobre sus hombros al entrar en la ciudad, y acompañar la ceremonia con la mas brillante pompa; pero se sintió detenido de pronto é imposibilitado de dar un paso adelante. El patriarca Zacarias, que iba á su lado, le manifestó que aquella pompa no correspondia al estado de humillacion en que se hallaba el Hijo de Dios cuando llevó su cruz por las calles de Jerusalem. «Llevais, le dijo, vuestras insignias imperiales, y Jesucristo iba pobremente vestido; ciñe vuestras sienes una rica diadema, y él estaba coronado de espinas: vos vais calzado, y él andaba con los piés descalzos.» El Emperador se quitó al momento su precioso vestido, su corona y su calzado, y siguió la procesion con un exterior que anunciaba pobreza. Volvióse á colocar la cruz en el sitio donde habia estado anteriormente.

Los persas no habian abierto la caja de plata dentro de la cual estaba, como se cercioraron de ello los cristianos por la inspeccion de los sellos que se hallaron intactos. La abrieron entonces, veneraron la santa reliquia, y la enseñaron al pueblo reunido. Segun varios autores antiguos, aquella porcion de la verdadera cruz se componia de diferentes fragmentos por cuya razon no hablan de ella mas que en plural. La ceremonia de que hablamos se verificó con la mayor devocion, y se obraron en ella varias curaciones milagrosas. La costumbre de exponer esta santa reliquia á la veneracion de los fieles se observaba con gran devocion muchos años antes de haberla rescatado del poder de los persas, y se exponia del mismo modo la porcion de verdadera cruz que se guardaba en Constantinopla.

V. Devocion á la cruz. — Honremos tambien la cruz nosotros, hijos de la Iglesia católica, como el hijo bien educado honra el retrato de su padre, ¿qué digo? como la prenda mas interesante de su amor. Dejemos á los mundanos que acusen á la Religion de que nos entristece poniendo sin cesar á nuestros ojos un objeto lúgubre, porque ellos no saben que la cruz es para el cristiano fiel la alegría, la gloria y la sabiduría de Dios.

Jesucristo dió desde la cruz la paz á los hombres de bien, una paz que todos los malos reunidos no podrán arrancar de sus corazones; y desde la misma cruz nos enseñó á padecer y morir el Hijo de Dios, sacrificador y víctima, atrayendo hácia sí á todos los justos, y acercando la tierra á los cielos y los cielos á la tierra. ¡Y querriais des-

truir en el universo el culto de esta cruz con la cual Dios triunfó de la muerte, de esta cruz que da un premio á la virtud, y le asegura su inmortal recompensa, y que es enseña de union para todos los que están bautizados en Jesucristo, es decir, para la inmensa mayoría de los hombres!!! ¡Ah! si amais al género humano y teneis una patria, dejad la cruz sobre la cúpula de los palacios, para llamar á los ricos y grandes á la senda de la penitencia, y en el humilde techo del pobre, para enseñarle la paciencia y la resignacion; dejádsela á todos los hombres, porque todos tienen orgullo que reprimir, pasiones que combatir, y porque no hay mejor maestro que Jesucristo muriendo en la cruz para enseñarles á apreciarse en lo que valen y á pisotear las vanas preocupaciones de la opinion.

Pero si queremos que la cruz nos sirva, acercar á ella con amor y confianza nuestros labios moribundos, que proteja nuestro sepulcro, y nos sea prenda de gloriosa resurreccion¹, leamos con frecuencia en éste libro divino, y grabemos profundamente en nuestro corazon las lecciones que nos da. Acérquese á la cruz el que quiera adquirir la ciencia de los Santos, que de allí sacará la doctrina mas sublime y las lecciones mas patéticas que se hayan dado jamás á los hombres. Jesús crucificado es por excelencia el modelo de todas las virtudes y el libro de vida. San Pablo lo estudió exclusivamente, porque únicamente en la cruz encontraba todas las virtudes que le importaba saber, y todos los cristianos dignos de tan glorioso título imitan al Apóstol, y corroboran el mismo principio.

¿De dónde habia sacado san Bernardo, pregunta un autor célebre, aquel ardiente amor de Dios y una devocion tan ferviente, sino de los padecimientos de su Redentor muriendo en una cruz? ¿Dónde habia recogido san Agustin las luces que hicieron de él una de las antorchas de la Iglesia, si no es en las llagas de Jesús, como él mismo lo dice? El libro de la cruz inspiró un amor seráfico á san Francisco. Santo Tomás, que en todas ocasiones se arrojaba á los piés del Crucifijo, le debia sus admirables conocimientos. «San Buenaventura, dice san Francisco de Sales, parecia que al escribir no tenia mas papel que la cruz, mas pluma que la lanza, ni mas tinta que la preciosa sangre de Jesucristo. ¡Con qué efusion de sensibilidad exclama: Nos conviene estar con la cruz! Haga-

¹ Véase san Eftren, *Serm. in Pretios. et vivif. Crucem Domini*, circa medium.

«mos aquí un tabernáculo, uno para sus piés, otro para sus manos, y el tercero para su costado sacrosanto. Aquí me paro, aquí velaré, leeré y meditaré, teniendo constantemente ante mis ojos este libro divino para estudiar la ciencia de la salvacion durante todo el dia, y hasta por la noche, tantas veces como me despierte.»

El profeta Jonás descansó con delicia bajo la hiedra que le habia preparado el Señor. ¿Cuál no ha de ser, pues, la alegría de un cristiano cuando descansa á la sombra del árbol de la cruz? Protegidos por este leño sagrado, podemos decir: Regocijese Jonás bajo una hiedra, prepare Abraham una comida para los Angeles bajo una sombra en el valle de Mambré; apague la sed Ismael bajo un árbol en el desierto, y aliméntese Elias bajo un enebro; pues para nosotros el consuelo y la alegría consistirán en permanecer en espíritu bajo la sombra de la cruz.

VI. Via crucis.—Ha llegado el momento de explicar una práctica célebre establecida en la Iglesia para honrar la cruz de la Pasion de nuestro Señor; queremos hablar del *Via crucis* ó Camino de la cruz. Los pormenores que preceden os han dado á conocer la extrema utilidad del conocimiento y del amor de la cruz de nuestro Señor y de su dolorosa Pasion: el medio de proporcionar á los cristianos esta ventaja inapreciable consistia en hablar á sus sentidos, poniendo á sus ojos y haciéndoles recorrer el camino doloroso que recorrió su Salvador y modelo, cargado con la cruz, para ir desde el pretorio al Calvario, y la Iglesia lo ha hecho estableciendo la piadosa práctica de que tratamos.

La devocion del Via crucis, es decir, la que tiene el cristiano en recorrer orando y llorando el espacio seguido por su Dios cargado con el instrumento de su suplicio, es tan antigua como el Cristianismo. Los cristianos visitaron este camino, eternamente célebre, desde la época de los Apóstoles, y hasta á ejemplo de ellos y de Maria. Cuando el Evangelio salió de los confines de Judea, la devocion atrajo á Jerusalem de todas partes nuevos peregrinos; y apenas pudieron interrumpir ó desviar el concurso y las adoraciones de los fieles las guerras de los romanos, las disensiones de los judíos, la destruccion de Jerusalem, y las profanaciones de los emperadores. Es verdad que se veian reducidos á presentar desde léjos y en secreto sus homenajes á los lugares sagrados, pero no los olvidaban ni abandonaban, y la divina Providencia cuidaba de que se conser-

vase fielmente su memoria. Los patriarcas de Jerusalem se transmitian fácilmente las tradiciones, y los recuerdos mas importantes de la Tierra Santa vivian aun cuando la Religion llegó en 313 á adornar con su brillo la diadema de los Césares.

Los cristianos, siguiendo los pasos de santa Elena, acudieron á Jerusalem de todos los paises del mundo conocido, é inundaron la Tierra Santa: Belen, Nazareth y Jerusalem recibian continuamente los homenajes de su fe y de su amor; pasaban cerca de estos monumentos meses y años enteros, y algunos hasta fijaron en ellos su morada. Las huellas que con el tiempo dejaban la frente y las rodillas de los peregrinos atestiguaron el verdadero sitio de los lugares consagrados por las circunstancias de la Pasion del Salvador; sus piadosos hurtos, por otra parte funestos á los monumentos que en ellos se habian erigido, servian tambien para determinar dónde se hallaban¹; los príncipes y los reyes los visitaron sucesivamente, y finalmente, cuando los Santos Lugares cayeron en poder de los sarracenos, los pueblos cristianos se armaron para reconquistarlos. Durante los noventa años que fueron sus dueños los cristianos, no omitieron medio alguno para honrar como lo merecian estos monumentos tan queridos para su fe; y despues que los perdieron, la Providencia conservó siempre en ellos custodios fieles, y tanto mas verídicos, en cuanto sus creencias son diferentes y divididas sus comuniones. Así pues, jamás se interrumpió la cadena de los peregrinos de Jerusalem desde el origen del Cristianismo hasta nuestros dias; siempre se ha deseado recorrer el camino regado con la sangre del Hombre-Dios, é innumerables gracias han recompensado en todos los siglos esta muestra de fe y de gratitud.

Estos beneficios, contados al regresar del santo viaje, inflamaban los corazones, y cada cual hubiera querido hacerlo tambien, pero no era posible. De modo que la mayor parte hubiesen quedado privados de los consuelos de las indulgencias y de los favores anejos á la peregrinacion de Jerusalem, al verdadero camino de la cruz, si la Iglesia que, á la par que madre atenta á las necesidades y deseos de sus hijos, es dispensadora soberana de todos los méritos de Jesucristo, no lo hubiera suplido con una piadosa práctica, al alcan-

¹ Véase sobre todas estas peregrinaciones no interrumpidas las *Cartas de san Jerónimo á Eustoquio* y la *Historia de nuestra Señora de Loreto*, por Mr. Cailiau, cap. 1 y 2.

ce de todos los fieles, que se ha dignado favorecer con las mismas gracias.

Esta práctica, llamada *Via crucis* ó Camino de la cruz, no es mas que el camino simbólico del que hizo nuestro Señor con la cruz á cuestas. Para que esta representacion tenga la mayor semejanza posible, se colocan de distancia en distancia cuadros que nos muestran al Salvador subiendo al Calvario, segun las estaciones que su cansancio le obligó á hacer en este largo y penoso viaje. Estas estaciones, segun la Escritura y la tradicion, son doce, á las cuales se han añadido el descendimiento de la cruz y la traslacion al sepulcro, lo cual eleva el número á catorce. Tal es el origen de la devocion llamada *Via crucis*, y tal la idea que de ella conviene tener.

Hé aqui los principales motivos por que hemos de practicar esta devocion saludable : 1.º La autoridad y el deseo de la Iglesia. Veinte y dos Soberanos Pontífices han aprobado, recomendado y enriquecido con numerosas indulgencias la devocion del *Via crucis*, y entre otros se distinguió por su celo en propagar esta práctica por toda la cristiandad uno de los mas grandes papas que han ocupado la silla de san Pedro, Benedicto XIV, el cual la consideraba como el medio mas oportuno para reformar las costumbres y conservar la devocion ¹.

2.º El deseo de nuestro Señor. La Escritura del Antiguo y del Nuevo Testamento está llena de textos en los cuales nos invita el divino Salvador á renovar con frecuencia en nuestra memoria las humillaciones del Mesías. Los Apóstoles parece que no saben predicar otra cosa que á Jesús, y Jesús crucificado, y los Santos de todos los siglos hicieron de la Pasion de nuestro Señor el objeto comun de sus meditaciones. ¡ Con qué gozo nos verá la misma María pensar en los dolores de su Hijo amado! ¿ Puede ser una madre indiferente para las lágrimas que se vierten por los dolores de su hijo?

3.º Nuestro propio interés. La piadosa devocion de la cruz desvanece las tinieblas de nuestro entendimiento. ¡ Qué luces sobre Dios, su poder, su justicia, su misericordia sobre nosotros, nuestras miserias, nuestra grandeza y la enormidad del pecado se desprenden de la cruz! La cruz conmueve el corazon; la vista del Crucifijo, la meditacion de la Pasion es mas propia para convertir las almas, y hacer que amen á Dios, que las verdades mas terribles.

¹ Breve *Cum tanta*, 30 de agosto de 1741.

Y además, las indulgencias extraordinarias anejas al *Via crucis* ¿ no son un poderoso motivo para practicar esta devocion? Por concecion del papa Inocencio XI, el *Via crucis* se enriquece con todas las indulgencias concedidas en diferentes épocas por los Soberanos Pontífices á la visita de todos los Santos Lugares de Palestina ¹.

No hablaremos del modo como debe hacerse el *Via Crucis*, porque está suficientemente explicado en los diversos opúsculos ó manuales publicados con este objeto. Contentémonos con admirar por fin la maravillosa solicitud de la Iglesia católica en conducir constantemente á sus hijos tras las huellas sangrientas de su Padre y modelo. ¡ Oh! cuánta sabiduría y amor hay en esta solicitud! ¿ No es cierto que deseais corresponder á ella los que leéis estas líneas?

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy de habernos rescatado con la cruz; haced de modo que, como el apóstol san Pablo, no sepamos mas que Jesús, y Jesús crucificado.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *pediré con frecuencia la ciencia de la cruz.*

¹ *Via crucis*, pág. 103.